4-3 bis

CUADERNOS POLITICOS



POR J. SOLÉ TURA

VIETNAM ANTE EL PELIGRO

Pasado mañana, 27 de enero, se cumplirá el segundo aniversario de la firma de los Acuerdos de París, que, en principio, debían poner fin a la guerra del Vietnam.

Apenas habían transcurrido 24 horas de la firma cuando las tropas de Van Thieu, desencadenaban la ofensiva en la zona de Cua-Viet en el norte del país. Hoy estas mismas tropas están librando una batalla defensiva en el Delta del Mekong y en las plazas que rodean las propia capital saigonesa.

El simple recuerdo de estos datos ilustra bastante sobre lo que ha ocurrido en estos dos años. Cuando se firmaron los acuerdos de París, la opinión mundial creyó que los gobernantes norteamericanos estaban dispuestos a poner fin realmente a la guerra. Luego se vio —y se vio en seguida— que las cosas no iban por ahí. Estos dos años han sido un periodo de guerra intensísima. El gobierno de Van Thieu —si así se le puede llamar— pareció capaz de frenar militarmente el avance de las fuerzas de liberación nacional. Hoy ya se ve que no es así y que las tropas del Gobierno Revolucionario Provisional y del F. N. L. toman claramente la iniciativa. Pero, con ello, volvemos al problema que los acuerdos de París parecían haber despejado. Es el problema de la intervención directa de las fuerzas norteamericanas.

Cuando se firmaron los acuerdos de París, el 27 de enero de 1973, el entonces presidente Nixon pareció sacar la conclusión lógica del fracaso norteamericano: había que retirarse de una guerra que no tenía solución militar.

Otro estilo para una misma guerra

Recordemos que antes de llegar a la firma de los acuerdos, Nixon hizo proceder a los bombardeos más salvajes de toda una guerra ya especialmente salvaje. Era un intento exasperado de forzar más concesiones políticas por parte de las fuerzas de liberación nacional. Pero era también la constatación de que los norteamericanos no podían ganar la guerra. Los bombardeos se intensificaron hasta un grado sin precedentes, pero Nixon no obtuvo la rendición sin condiciones del G. R. P., sino que tuvo que negociar y retirarse él.

Sin embargo, para los gobernantes norteamericanos los acuerdos de París significaban poner fin únicamente a su intervención directa. Y cuando hablaban de la "vietnamización" del conflicto querían decir exactamente lo que decían: se trataba de continuar la guerra de otra manera.

Tras numerosos intentos y fracasos, habían encontrado un dictador fiel, sólidamente anticomunista y dispuesto a llegar hasta donde fuese. La estrategia norteamericana consistió en suministrar el armamento y los recursos necesarios para que Van Thieu siguiese haciendo el mismo tipo de guerra que habían hecho ellos hasta entonces, pero confiando en que Van Thieu sería capaz de crearse, entre la población vietnamita, una base política que ellos, los norteamericanos, no habían conseguido forjar. Era algo así como intentar quitar al G. R. P. y al F. N. L. la bandera del nacionalismo, del patriotismo, buscando un dictador autóctono que también la pudiese levantar. La guerra se transformaría, de esto modo, en guerra civil, y el conflicto militar adquiriría otras dimensiones políticas.

Los gobernantes norteamericanos llevaron a cabo conscientemente su plan. En 1973, los Estados Unidos suministraron a Van Thieu "ayuda" militar por valor de mil millones de dólares. Durante el año pasado, esta "ayuda" subió a setecientos millones de dólares, pese a las tentativas del Congreso de recortar los poderes de Nixon.

Pero esa estrategia norteamericana se basaba en dos supuestos esenciales. El primero es que Van Thieu obtuviese efectivamente una victoria militar y redujese la zona de implantación militar y política del G. P. R. El segundo, es que Van Thieu fuese capaz de crear un frente político vietnamita opuesto al G. P. R. y apoyado en una cierta base popular.

Fiascos políticos y militares

Ninguno de estos dos supuestos se está realizando. Hace algún tiempo, la prensa informó de los graves disturbios políticos que habían estallado en la propia capital saigonesa. A finales de 1974, la policía de Van Thieu intervino duramente contra las manifestaciones populares que cubrieron de barricadas las calles de Saigón. Las alianzas políticas que Van Thieu tenía que forjar no han funcionado. En octubre incluso tuvo que destituir a sus principales jefes militares, ante las pruebas de corrupción en gran escala que se adujeron. Ultimamente ha tenido que reprimir manifestaciones de católicos.

En el plano militar, tampoco Van Thieu se ha apuntado los éxitos que la estrategia norteamericana requería. No sólo no se han reducido las zonas liberadas por el G. P. R., sino que se han ampliado. Hace unas semanas, las fuerzas del G. P. R. liberaron la capital del distrito de Phuoc-Binh, a unos 120 kilómetros al norte de Saigón. Las agencias de prensa anunciaron también la ofensiva del G. P. R. contra otra capital provincial, Tay-Ninh. Al mismo tiempo, el G. P. R. está librando con éxito la llamada "batalla del arroz" en el Delta del Mekong. De hecho, el G. P. R. controla ahora una extensa zona continua, que va desde el paralelo 17 hasta el Mekong, junto a la frontera de Laos y Cambodia.

Las pérdidas militares de Van Thieu parecen ser muy grandes. En los once primeros meses de 1974 estas pérdidas eran de 250.000 hombres, 500 aviones, 4.100 vehículos militares (incluyendo carros blindados) y 200 depósitos militares.

Puede decirse, pues, que la carta de Van Thieu ha fracasado militar y políticamente. Todo el edificio montado por el gobierno norteamericano para cubrir su propia retirada e impedir por otras vías el avance de las fuerzas de liberación nacional parece que se está empezando a hundir.

Omnipresente tutela U.S.A.

En estas circunstancias aparece un peligro evidente: que los norteamericanos reconsideren su papel y decidan volver a intervenir. No es un peligro remoto. De hecho, los norteamericanos no han dejado de intervenir en ningún momento. Y no sólo a través de Van Thieu y su régimen, sino también de manera directa. Los llamados "vuelos de reconocimiento" son práctica corriente, desde que se firmó la paz en París. Los aviadores de Van Thieu son entrenados por "consejeros" norteamericanos. En Cambodia, otro de los puntos candentes de la zona, está plenamente confirmada la intervención directa de muchos pilotos norteamericanos encuadrados por la compañía Birdair, cuya base logística está en Thailandia.

Al anunciarse la caída de Phuoc-Binh, los gobernantes norteamericanos hicieron saber que varias unidades de su VII Flota se dirigían hacia zonas próximas a Indochina. Y entre estas unidades estaban el portaaviones "Midway" y el buque-almirante de la citada Flota, el "Oklahoma City".

Cierto que los Estados Unidos han saboteado continuamente los acuerdos de París que ellos mismos firmaron. Pero ahora la cosa es más grave. Estamos, quizá, en vísperas de una nueva intervención directa de los Estados Unidos en Vietnam.

El respeto estricto a los Acuerdos de París, el cumplimiento exacto y literal de éstos se convierte pues en cuestión decisiva. De otro modo, el mundo puede volverse a encontrar inmerso en una nueva guerra de enormes proporciones entre el país más poderoso del mundo y un pequeño país de patriotas que luchan, desde hace muchos años por su propia liberación.

No dramatizo por dramatizar. La cosa es así de sencilla y de tremenda.

ANTE LA GRAVE CRISIS ENTRE LOS PARTIDOS POLITICOS

LOS MILITARES PODRIAN ASUMIR TODAS LAS CARTERAS MINISTERIALES

EL MOVIMIENTO DEMOCRATICO PORTUGUES LANZA UN ENERGICO CONTRAATAQUE Y DENUNCIA A SOCIALISTAS Y POPULAR-DEMOCRATAS

Desde Lisboa



Mario Ventura

Lisboa, 25. (Crónica de nuestro corresponsal.)

La situación indecisa en que vive Portugal desde hace varias semanas parece haber perdido el disfraz con el que difícilmente se ocultaba, para dar paso a un panorama insólito que provoca perplejidades sin fin: unidos en una coalición provisional, coexistiendo en un Gobierno que tiene la obligación de garantizar la evolución democrática, los tres principales partidos escogieron ahora la vía de la disputa pública, del espíritu electoralista, en contradicción manifiesta con la unidad que las Fuerzas Armadas se han esforzado por mantener.

El partido popular demócrata (PPD), la agrupación de los socialdemócratas, como asimismo se proclama, fue el que dio la piedra de toque al desencadenar un violento ataque, en su última reunión pública, contra el partido comunista y el Movimiento Democrático portugués (MDP). La reunión, que contó con un público numeroso y entusiasta, tenía dos objetivos principales: el ataque contra la ley que consagra el principio de unidad sindical —ya aprobada por el Gobierno— y la realización de elecciones a cualquier precio. En base a estos dos principios, una crítica violenta contra cualquier fuerza política que intente monopolizar las atenciones de las masas populares. Se llegó incluso a adoptar el «slogan» que los maoístas utilizan en la campaña contra el partido comunista: «Abajo el social-fascismo».

En favor de las elecciones

Francisco Balsemao, director del semanario «Expresso» y figura de pro del partido popular demócrata, se mostró particularmente violento en su intervención, al afirmar: «Luchamos por unas elecciones que no se pongan en duda desde ahora por saberse que los sondeos dan resultados muy inferiores a los que vaticinaría la fuerza esparcida por el país. Unas elecciones en las que cada portugués pueda votar, sin violaciones interiores o exteriores, en favor de aquello que pretende».

Atacando a los medios de información en general, de los que dijo que están al servicio de cierta forma de manipulación política, Balsemao afirmó después, en clara alusión al partido comunista: «No es bajo la presión de manifestaciones, bajo la influencia de los lavados de cerebro de varios medios de comunicación social, bajo el temor de la escucha telefónica o la prisión, como elegiremos en libertad. La confusión es muy nítida: Antiguamente, quien no era fascista era comunista: hoy, quien no es comunista es reaccionario. Hay algo que suena a falso en todo ésto. Pero, afortunadamente, poco a poco, los que tratan de confundir acaban confundidos; los que tratan de aislar, aislados.»

Se advertía en este ataque, simultáneamente, una clara referencia a la actuación del Movimiento de las Fuerzas Armadas, cuando se aludió al «temor de la escucha telefónica o la prisión»...

"Partidos del miedo"

Las posiciones asumidas por el partido popular demócrata obtuvieron inmediata respuesta por parte del Movimiento democrático portugués (MDP) —la Comisión Demócrata Electoral (CDE) de la época de la dictadura—, partido que parece tener ahora algunas posibilidades —debido, sobre todo, al apoyo que le dispensa el primer ministro, brigadier Vasco Gonçalves— de volver a formar parte de la coalición gubernamental. En un comunicado difundido ayer, el Movimiento conceptos, utilizando consignas que combaten en la práctica.

A propósito de la crisis provocada por la ley sindical, el comunicado del Movimiento Democrático Portugués dice: «Como forma de presión, transmiten a los órganos de información la idea de que abandonarían el Gobierno, para inventar más tarde una campaña para excluirlos de tal órgano de decisión». (Clara referencia a los reiterados rumores sobre la dimisión de los ministros socialistas y popular-demócratas). Más adelante, el comunicado añade: «Imitando a las figuras apartadas el 28 de septiembre (léase general Spínola), propagan que la democarcia está amenazada por la izquierda y que una nueva dictadura podría dar al traste con las libertades conquistadas. No vacilan en procurar perturbar la cohesión de las fuerzas armadas, mostrando la misma audacia provocativa hacia el Movimiento de las Fuerzas Armadas (MFA)».

Aludiendo, en especial, a la suscripción que el partido socialista holandés quiere promover en favor del partido de Mario Soares, el comunicado dice: «Permiten que en algunos países de Europa se organicen campañas de auxilio partidista, con base en la falsa imagen de un país al borde de la dictadura de izquierdas en el que determinado partido garantizará la conservación de la libertad».

El comunicado concluye contra el ataque más violento dirigido hasta ahora contra el partido socialista y el partido popular demócrata: «Lamentablemente, partidos cuya contribución al avance del proceso democrático podría ser significativo, surgen al final como partidos de la paralización de la evolución progresista del proceso democrático. No obstante, si quisieran y pudieran, no es tarde para desandar el camino».

El probable fin de los poderes paralelos

Ante esta guerra abierta de discursos y comunicados, cabe preguntarse —pero sin ninguna esperanza de respuesta inmediata— a dónde conducirá la dialéctica de la violencia desencadenada por los principales partidos políticos, en una clara manifestación de inmadurez y de duda profunda en cuanto a sus propias posibilidades en un proceso verdaderamente democrático. Lo poco que puede saberse de lo que ocurre al nivel del Movimiento de las Fuerzas Armadas (MFA), nos permite decir que el descontento en el Consejo de los Veinte (principal órgano ejecutivo del movimiento militar) crece a medida que se ahondan las divergencias entre los partidos, tema que se encuentra en el orden del día de todas las reuniones del citado Consejo.

Puede adelantarse, no obstante —a nivel del MFA no se hace secreto de esta hipótesis— que una de las soluciones contempladas sería la de proceder a un completo reajuste ministerial, colocando a los militares en todas las carteras. Los partidos seguirían estando representados, en un Gobierno que ya difícilmente se podría considerar de coalición, tan sólo a nivel de secretarios y subsecretarios de Estado. Esta nueva solución acabaría con la existencia de dos poderes paralelos, en la medida en que situaría al Movimiento de las Fuerzas Armadas enteramente dentro del Gobierno, y permitiría a los militares el control absoluto de todas las medidas hasta ahora dificultadas o atrasadas por la propia naturaleza de la coalición gubernamental.

Queda por saber, naturalmente, si el Movimiento de las Fuerzas Armadas, en cuyo seno se agitan diversos puntos de vista, conseguirá la mayoría necesaria para llevar a cabo lo que se podría considerar como una ra-